más pueblos en calidad y en número, y poseemos, por último, notables jurisconsultos y escritores políticos, y un rico tesoro de místicos y de ascéticos.

Importa declarar, no obstante, que de todo esto más se ha estudiado, hasta ahora, la forma que el fondo. Ya tenemos historia de la amena literatura, de las obras de entretenimiento; pero la substancia de la cultura española y el desenvolvimiento intelectual de nuestro espíritu están poco estudiados.

¿Por qué negarlo? Casi nadie lee en el día nuestros libros de devoción. Si los hojea algún aficionado á las letras, suele prescindir de las ideas, y sólo se para en lo sonoro de las frases, en lo castizo de los giros y en la riqueza y primor de la lengua. Y sin embargo, ¿qué análisis psicológico más sutil y atinado, qué metafísica más profunda, qué admirables intuiciones de lo infinito en su relación con lo finito no suele haber en ellos? El señor Rousselot, un francés, ha sido el primero que críticamente ha desentrañado y expuesto algo de aquellas doctrinas, y, aunque su obra deje mucho que desear, debemos inclinarnos agradecidos, pues nadie en España lo había hecho mejor, ni acaso de ningún modo, antes de que él lo hiciera.

Rousselot, como casi todos los franceses cuando tratan de nuestras cosas, no puede prescindir de hacernos un disfavor al lado de un favor. Es cierto que da á conocer á nuestros místicos y expone su filosofía; pero afirma que jamás hemos tenido más filosofía que la de ellos. Sentencia es ésta de la que podemos apelar, pero de la que no podemos quejarnos, porque nuestros sabios modernos van más allá aún en el desdén. El importador de la filosofía krausista en España y uno de sus más aventajados discípulos, en artículos recientes, por otra parte merecedores de alabanza, afirman que la imaginación estética ha sido bien cultivada en España y ha dado sazonado fruto, pero que la razón no; que hemos tenido buenas comedias, novelas y otras obras de pasatiempo; pero que en ciencias y en filosofía hemos valido poquísimo, sin duda porque la compresión intelectual y el fanatismo religioso han tenido como embotada y atrofiada, en nuestra alma, una de sus más nobles facultades.

Ya se entiende que tan cruel afirmación se refiere á los últimos siglos, y no á la Edad Media ni á las antiguas edades. En la Edad Media convienen todos en que hemos tenido notabilísimos sabios, filósofos y pensadores, aunque más que ortodoxos, mahometanos y judíos. Eruditos y críticos extranjeros lo ponen fuera de duda (1): Renan,

(1) Menester es no olvidar aquí, como muy honrosa excepción, los Estudios sobre el famoso Raimundo Lulio, publicados, pocos años há, por nuestro compañero D. Francisco de Paula Canalejas. El filósofo mallorquín está, en dichos Estudios, juzgado con profundidad, si bien quizás más encomiado de lo justo; pero algo se ha de conceder á la reacción, que no puede menos de dejarse sentir en esto, como en todas las cosas.

Lulio había sido harto maltratado por muchos autores, entre los cuales no pocos españoles. El P. Feijóo le desprecia en sus *Cartas eruditas;* y en aquella graciosísima sátira literaria de *El Café*, donde no sabe uno de qué admirarse más, si del ingenio, sal ática y rico tesoro de chistes del autor, ó de su mezquina crítica, y donde queda en duda si D. Pedro es más pedante y más in-

estudiando á Averroes y su prodigiosa influencia en la filosofía escolástica y del Renacimiento; y Munck, Franck, Sachs, Geiger y David Cassel, traduciendo las obras ó encomiando y celebrando las doctrinas de Ibn Gebirol, de los Ben-Ezrá, de Maimónides, de Jehuda de Toledo y de otros, compatriotas nuestros y gloria de España, por más que no fuesen católicos.

Pero el amor patrio nos ha hecho clamar contra el desprecio por nuestra ciencia, y sobre todo por nuestra filosofía, desde el Renacimiento hasta ahora; y han surgido celosos defensores de que hubo filósofos en España y hasta verdadera filosofía española, entre los cuales merecen citarse nuestros compañeros correspondientes D. Gumersindo Laverde y D. Adolfo de Castro, el joven Sr. Menéndez Pelayo, y los Sres. Ríos Portilla y D. Luis Vidart, el cual hasta ha formado y publicado un tomo de apuntes para la historia de nuestra filosofía.

sufrible que D. Hermógenes, Moratín se burla del pobre Raimundo Lulio con un epigrama indeleble.

Colocan muchos entre los lulianos á Raimundo Sabunde, filósofo del siglo XV, que tuvo gran celebridad también en tierras extrañas. Montaigne le tradujo al francés, pero yo entiendo que no porque Montaigne se entusiasmase con Sabunde, sino por cumplir un mandato de su padre. En la *Apología de Sabunde*, que es el más extenso de los *Ensayos*, le elogia mucho, no obstante; le llama *très suffisant homme et ayant plusieurs belles parties*, y asegura que «el propósito de Sabunde es atrevido y valeroso, ya que acomete la empresa de establecer y probar con razones humanas y naturales, contra los ateístas, todos los artículos de nuestra religión; en lo cual, á decir verdad, le hallo tan firme y dichoso, que no creo posible hacerlo mejor en este negocio, y me parece que nadie se le ha igualado.»

Fácil nos sería citar aquí multitud de nombres de peripatéticos, platónicos, estóicos y eclécticos, entre todos los cuales se levantan, á lo que parece, Vives y Foxo Morcillo. Pero francamente: se citan estos nombres, se supone que valieron mucho los sabios que los llevaron, y apenas sabemos lo que dicen, porque casi nadie los ha leído. Las pocas obras filosóficas que, como tales, ha publicado la biblioteca de Rivadeneyra, nos compungen y descorazonan. Quedan, pues, hasta el día, como único tesoro filosófico español de los siglos XVI y XVII, algo conocido y explorado por la crítica moderna, los místicos y quizás un poco de los teólogos dogmáticos. Y debemos perdonar á los eruditos y aficionados del día, porque es pedir heroicidades pedir que alguien se ponga con paciencia á estudiar y á extractar volúmenes en folio, en latín casi todos, á fin de resumir, exponer en castellano y juzgar doctrinas, que á pocos españoles interesan, y que nadie se tomaría el trabajo de leer con atención para entenderlas, achacando lo de que no las entendía á lo enmarañado del lenguaje.

Sea, pues, por lo que sea, no se puede negar que queda algo en duda si hemos tenido ó no, en la época á que nos referimos, verdaderos y grandes filósofos. Pero demos por supuesto que los hubo, como presentimos y creemos y deseamos, aunque no lo sepamos de fijo. Demos también por supuesto que tuvimos entonces médicos, matemáticos, naturalistas y filólogos insignes. Afirmemos que no quedó ramo de actividad del espíritu en que no floreciésemos; que nuestros publicistas

abrieron á Grocio el camino; que nuestros teólogos prevalecieron en Trento; que Melchor Cano inventó una ciencia nueva; que en las artes del dibujo vencimos á todos los pueblos menos á Italia; que tuvimos arquitectos gloriosos, hábiles escultores en piedra, bronce, madera y barro, plateros y joyeros rivales de Cellini y hasta herreros admirablemente artísticos; y que nuestra música, que duerme olvidada entre el polvo de los archivos de las catedrales, compite con la italiana y puede presentar nombres, que debieran ser ilustres, como los de Salinas, Monteverde, Pérez y Gómez. Júntense á todo ello nuestras riquezas poéticas y literarias, ya que la amena literatura de entonces nos es bien conocida, y tendremos un florecimiento intelectual asombroso y adecuado á nuestra grandeza política como nación.

Pero lo dicho, en vez de resolver la duda, la complica y la hace más difícil. ¿Qué causa hubo para que tanta fecundidad, tanta exuberancia, tanta virtud especulativa, tanta vida del alma se secase de súbito, y hasta se olvidase, aun entre nosotros, que la habíamos tenido, viniendo á caer España en un marasmo mental, en una sequedad y esterilidad miserable de pensamiento, ó en extravíos bajos y ridículos, de todo lo cual no salimos sino para seguir humildemente á los extranjeros, como satélites sin espontaneidad, como admiradores ciegos y como imitadores casi serviles? ¿Qué causa hubo para tal abatimiento, del que no hemos salido del todo? La perversión vino primero y la degradación después. Desde las obras de ambos

Luises, de San Juan de la Cruz y Santa Teresa, descendimos á las del P. Boneta y á las de otros más deplorables, que sirvieron de modelo á Fray Gerundio; de las comedias de Calderón, pasando por Cañizares y Zamora, llegamos á Comella, Luis Moncín y Fermín del Rey, arquetipos de D. Eleuterio; desde Garcilaso, Rioja y los Argensolas, bajamos á Montoro, á Benegasi y al cura de Fruime; y desde el romancero del Cid, que Hegel pone por lo más noble, bello, real é ideal á la vez que ha inspirado la musa épica después de los poemas de Homero, fuimos humillándonos hasta no producir sino romances de guapezas y desafueros de bandidos, como el de Francisco Esteban; de chocarrerías y desvergüenzas, como el del *fraile fingido;* de falsos y absurdos milagros, y hasta de fenómenos raros y monstruosos, como el de la mujer que parió trescientos hijos de un parto. Así justificamos toda la burla de los pseudo-clásicos á la francesa.

¿Fué causa de la humillación el despotismo de los reyes austriacos? No se niega que los reyes austriacos fueron despóticos; pero este mal no fué exclusivo de España. El movimiento general en toda Europa era entonces hacia la concentración del poder en manos de los monarcas, y nunca llegó á tanto en España como llegó en Inglaterra bajo los Tudores, y en Francia bajo el que llamaron Luis el Grande y dió nombre á su siglo. Inglaterra y Francia se levantaron con todo bajo aquellos despotismos, mientras que España descendía.

¿Fué la atroz crueldad de la Inquisición la que

atajó el vuelo de nuestro espíritu ahogando en sangre nuestra cultura? Miradas imparcialmente las cosas, parece que no. Pues qué, ¿en los demás países no se atenaceaba, no se quemaba viva á la gente, no se daban tormentos horribles, no se condenaban á espantosos suplicios á los que pensaban de otro modo que la mayoría? La Inquisición de España casi era benigna y filantrópica comparada con lo que en aquella edad durísima hacían tribunales y gobiernos y pueblos en otras regiones, donde, lejos de decaer, se han levantado. Todos los moros, judíos y herejes castigados ó quemados en España por la Inquisición durante trescientos años, no igualan en número, por confesión de Schack, á sólo las infelices brujas quemadas vivas en Alemania nada más que en el siglo XVII. En Francia, sin contar los horrores de las guerras civiles, sólo en la espantosa noche de San Bartolomé hubo más víctimas del fanatismo religioso que las que hizo el Santo Oficio desde su fundación hasta su caída. De Inglaterra no hay que hablar: pueblo entonces más bárbaro y feroz que el Centro y el Mediodía del continente europeo, derramaba la sangre á torrentes.

Nosotros tuvimos cinco años en la cárcel á Fray Luis de León; pero no padeció tormento, y al cabo se declaró su inocencia. En la cárcel pudo escribir el libro divino de *Los nombres de Cristo* y otras obras inmortales. En otra nación, y con los mismos émulos que aquí tuvo, quizá no hubiera salido tan bien. No hay que olvidar que á Vanini le arrancaron la lengua con unas tenazas en Francia; que á Bruno le quemaron vivo en Roma; que en Inglaterra ajusticiaron á Tomás Moro, y que á nuestro compatriota Miguel Servet le hizo matar Calvino en Ginebra.

Por más que hayan querido los protestantes engalanarse con el lauro de que la libertad religiosa vino por ellos, la Historia les niega este lauro. Guizot, protestante, tiene la franqueza de confesarlo. Toda secta disidente ha sido tan fanática y tan intolerante ó más que los católicos durante la lucha. Sólo los progresos de la razón, con la imposibilidad de exterminarse unos á otros, trajeron la tolerancia, y la libertad en pos de ella, la cual no ha nacido del seno de ninguna Iglesia, sino de la conciencia humana en general, iluminada al cabo por el verdadero espíritu de Cristo y comprendiéndole con rectitud.

¿Se originó quizá la perversión y corrupción de nuestra ciencia y literatura de la ignorancia de los inquisidores? Nos parece que tampoco. En aquellos siglos el clero español sabía más que los legos, y los inquisidores eran de las personas más ilustradas del clero español.

¿Provino nuestra caída de la alianza entre la teocracia y el poder real para oprimir al pueblo? Pero ¿dónde ha habido mayor alianza entre ambas potestades que en Inglaterra, donde el jefe de la Iglesia y el del Estado se confundieron en uno?

¿Atribuiremos, por último, los males que aquí se lamentan á la duración, regularidad y constante vigilancia de la Inquisición? La duración de las persecuciones, ya en un sentido, ya en otro, fué

la misma en todas partes. Y en cuanto á la regularidad, no se explica qué ventaja lleve lo desordenado á lo ordenado. Antes bien, los parciales de la Inquisición pueden decir, miradas así las cosas, que aquel terrible tribunal contribuyó á que gozásemos de una paz relativa, mientras otras naciones ardían en guerras espantosas que, como en Alemania, duraban treinta años.

La tiranía, pues, de los reyes de la casa de Austria, su mal gobierno y las crueldades del Santo Oficio no fueron causa de nuestra decadencia: fueron meros síntomas de una enfermedad espantosa que devoraba el cuerpo social entero. La enfermedad estaba más honda. Fué una epidemia que inficionó á la mayoría de la nación ó á la parte más briosa y fuerte. Fué una fiebre de orgullo, un delirio de soberbia que la prosperidad hizo brotar en los ánimos al triunfar después de ocho siglos en la lucha contra los infieles. Nos llenamos de desdén y de fanatismo á la judáica. De aquí nuestro divorcio y aislamiento del resto de Europa. La parte más ilustrada del clero, los mismos inquisidores, los mismos reyes, más bien que impeler, tuvieron que refrenar la corriente de la intolerancia. Felipe II tuvo que luchar contra la opinión pública para no expulsar á los moriscos y dejar esta triste gloria á su hijo. Nos creímos el nuevo pueblo de Dios; confundimos la religión con el egoísmo patriótico; nos propusimos el dominio universal, sirviéndonos la cruz de enseña ó de lábaro para alcanzar el imperio. El gran movimiento de que ha nacido la ciencia y la civiliza-

ción moderna, y al cual dió España el primer impulso, pasó sin que le notásemos, merced al desdén ignorante y al engreimiento fanático; y cuando en el siglo XVIII despertamos de nuestros ensueños de ambición, nos encontramos muy atrás de la Europa culta, sin poder alcanzarla, y obligados á seguirla como á remolque.

Pero ¿cómo desconocer nuestros inmensos servicios, nuestra cooperación poderosa en esa misma cultura, por la que Europa hoy á su vez nos desdeña y se muestra tan ufana?

Antes de que la mente del hombre se volviese con más brío al estudio de sí misma, y por último se elevase á Dios como causa primera y fundamento de todo, importaba conocer el universo.

El primer capítulo, pues, de la historia de la ciencia y de la filosofía modernas le llenan los españoles. Antes de que vinieran Copérnico, Galileo, Kepler y Newton á magnificar teóricamente el concepto de la creación, era menester ensanchar y completar la idea del globo que habitamos. Esta misión heróica tocó á los españoles y portugueses. Sin su fe y su energía, Colón no hubiera descubierto la América; Gama no hubiera ido á la India, venciendo á Adamastor; Pizarro no hubiera explorado el Perú, ni Cortés el Anahuac; ni Orellana hubiera bajado por ríos desconocidos, con sólo diez compañeros, desde Quito hasta el Amazonas, y por el Amazonas hasta salir al Atlántico; Balboa no hubiera descubierto el Pacífico, salvando las montañas del istmo que le separa del otro Océano, y Magallanes, por último, cruzando

el estrecho, que pone en comunicación ambos mares, casi en el extremo de la América meridional, no hubiera llegado por Occidente á las islas del remoto Oriente. Tres meses y veinte días, sin ver más que agua y cielo, fué Magallanes, con sus compañeros valerosos, por el vasto y desierto mar que la imaginación fingía infinito: el agua se corrompió, y hubo que beber agua podrida; faltaron los víveres, y hubo que alimentarse hasta de cueros remojados; los hombres morían diariamente de hambre, de miseria y de escorbuto: muchos dudaban de que aquel mar tuviese término; pero Magallanes no quiso volver atrás, confiado en que la tierra era esférica por la sombra que proyecta en la luna cuando la luna se eclipsa. «Nunca, dice un historiador anglo-americano, denigrador y aborrecedor de los españoles, nunca, en toda la historia de las empresas humanas, hubo nada que excediese á la de Magallanes. Aquel hombre tenía forrado el corazón de triple lámina de bronce. Nunca se ha dado mayor muestra de sobrehumano valor, de perseverancia asombrosa, de resolución que no ceja ante ningún temor ni ningún padecimiento, y de inflexibilidad que va derecha á su fin, rompiendo todos los obstáculos. Magallanes murió cerca de las Molucas; pero su nombre inmortal quedó para siempre grabado en la tierra y en el cielo: en la tierra, en el estrecho que enlaza ambos Océanos; en el cielo, en la nube de estrellas que vió el audaz marino en la bóveda azul del hemisferio antártico.»

Sebastián Elcano, segundo de Magallanes, volvió á España, y puso en su escudo el globo terráqueo con este lema: *Primus circundedisti me.*

Si la ciencia moderna, si la moderna filosofía, si todo aquello de que se envanece el siglo presente, hubiera de marcar el día de su origen, y desde entonces se empezasen á contar los años de la nueva era, que llaman los positivistas edad de la razón, contraponiéndola á la edad de la fe, esta nueva era no empezaría el día en que Bacon publicó su *Novum organum*, ni el día en que salió á luz el *Método* de Descartes, sino el 7 de septiembre de 1522, día en que Sebastián Elcano llegó á Sanlúcar de Barrameda en la nave *Santa Victoria.*

Aunque no hubiéramos, pues, tenido grandes matemáticos, químicos, físicos y filósofos, bastaría para nuestra gloria el haber dado origen á todo ello; el haber dado impulso al movimiento del espíritu humano que supo crearlo.

Además, en esto de la historia de la filosofía, hay que aplicar con frecuencia la moraleja de la fábula titulada *El león vencido por el hombre.* En ninguna historia de otro género puede decirse á cada paso con más justicia: *Y no fué león el pintor.* Cada cual, según su nacionalidad, escuela ó secta, reparte, como mejor le cuadra, los papeles, la gloria y la importancia de los personajes. Pongamos por caso á Bacon. Unos le dan tanto mérito, ó más aún, que á Descartes, asegurando que de él dimanan todos los progresos de las ciencias experimentales, y le contraponen á Descartes, fundador de la filosofía espiritualista y psicológica. En-

tre ambos reparten toda la gloria: éste es padre de la ciencia del *no-yo;* aquél, de la del *yo*. Pero novísimamente Bacon cae en descrédito, y no ya los espiritualistas, sino los mismos positivistas y empíricos, le tratan con la mayor dureza. Le tildan de ignorante, de preocupado y de charlatán presuntuoso. El ídolo de Bacon cae por tierra. En su *Novum organum* ya no hay nada fecundo. Todos los descubrimientos se han hecho á su pesar. Bacon estaba lleno de miras estrechas; no sabía palabra de matemáticas ni de ciencias naturales, y murió sin llegar á convencerse y negando siempre que la tierra se movía. Draper exclama en su furor contra él: «Tiempo es ya de que el sagrado nombre de filosofía se purifique de su larga conexión con el de ese impostor de ciencia, político acomodaticio, leguleyo insidioso, juez corrompido, amigo traidor y mal hombre.»

Á Descartes, á quien ponen unos como padre de la filosofía moderna, le niegan otros tal paternidad y tal gloria. ¿Por qué Spinosa ha de proceder de Descartes y no de sus compatricios, por españoles y por judíos, Ibn Gebirol y Maimónides? ¿Por qué Newton ha de constar como cartesiano? ¿Es sólo vanidad francesa, ó hay razón para afirmarlo así? Leibnitz, aunque la filosofía de Descartes sea como antecedente de la suya, ¿no tiene otros elementos extraños que dan más valor á su sistema? Si Descartes tomó no poco de Vives y de Gómez Pereira, ¿parte de su gloria no redunda en pro de aquellos españoles? Pero todo esto está en el aire, cuando sobra quien niegue á Descartes todo

merecimiento. Los neo-tomistas, renovadores de la escolástica, le desdeñan. Gioberti le juzga un mezquino y lastimoso metafísico.

Ha venido después la gran escuela alemana, con sus cuatro soles y multitud de satélites; y Hegel se ensoberbece y declara que, desde Grecia hasta que filosofaron en Alemania, no ha habido verdadera filosofía. El fuego sagrado de la inspiración y el aliento fatídico que pronuncia los oráculos de la ciencia una y toda, están custodiados por los alemanes, nuevos Eumolpides que tienen las llaves de este otro santuario de Eleusis y que sólo saben sus misterios.

En virtud de dicha sentencia, todos quedamos iguales, salvo los alemanes y los griegos. Al lado del zapatero Jacobo Boehm, Descartes se convierte en pigmeo.

Vienen, por último, los escépticos de todas clases, los positivistas y materialistas: consideran la filosofía como aspiración imposible, delirio de la vanidad humana, ó como tentativa pueril de los hombres, cuando carecen aún de ciencia. Los filósofos alemanes y griegos se hunden entonces como los demás mortales, y sólo imperan los matemáticos, los químicos, los médicos y los geólogos.

Decimos todo esto, no para invalidar la filosofía ni su historia, de lo cual distamos mucho, sino para que se vea cuánto pueden y valen el capricho, la moda, el orgullo nacional y el interés de secta ó partido en añadir ó quitar gloria, en hacer ó deshacer reputaciones, según mejor convie-

ne, al formar el cuadro sinóptico de la historia de la civilización en estos últimos siglos.

Para introducir estos cambios y variantes no basta querer: es menester poder. Adquiera España nueva prosperidad; pónganse los treses á 50; brillen entre nosotros la poesía, las artes, el comercio y la industria; figuremos de nuevo en el concierto de las naciones europeas como potencia de primer orden, y entonces, si se nos antoja, tal vez hagamos creer que Vives fué superior á Descartes; que Foxo Morcillo, conciliando á Platón con Aristóteles, fué el precursor del racionalismo armónico, y hasta que el P. Fuente la Peña, en su *Ente dilucidado*, allanó el camino á Darwin y á Haeckel.

A fin de llegar á tan buen término son indispensables dos condiciones: no divorciarnos de nuestro propio espíritu; no renegar de él como en el siglo XVIII, y no aislarle tampoco como en el siglo XVII, sino ponerle sin temor en medio del raudal de las ideas de nuestro siglo, para que se nutra y robustezca con ellas, sin perder su esencia inmortal y su propio carácter.

Bien podremos entonces estar seguros de que si imitamos á los filósofos modernos alemanes, pondremos al cabo en sus filosofías un sello tan castizo, que las haremos propias, al modo que nuestros grandes místicos, imitando y citando también á los místicos alemanes como Suso, Tauler y Ruysbroeck, fueron originalísimos (1); y bien

(1) Esta imitación de los místicos alemanes por los místicos españoles, prueba que la grande originalidad no proviene de aislar-

podremos estar seguros de que, más hoy que en el siglo XVII, todo español dejado en plena libertad entre Lutero y San Ignacio, preferirá á San Ignacio y dejará á Lutero. Y en efecto, hasta para cualquier español descreído y racionalista vale más que el fraile fanático y medio loco, envidioso de las artes y esplendores de los pueblos neo-latinos, y en pendencias y dimes y diretes groseros con el mismo demonio, aquel hidalgo convertido de repente, herido por Dios como Israel, y suscitado por Dios contra el heresiarca, el cual, para combatirle y para cumplir al mismo tiempo la obra de misericordia de *enseñar al que no sabe*,

se, sino de conocer lo que los otros dijeron y añadir algo del caudal propio. Rousselot niega que los místicos alemanes hayan ejercido la menor influencia en los españoles, ya porque escribieron en alemán, ya porque sus obras, menos las de Ruysbroeck, fueron condenadas por panteísticas. «No se encuentra, dice Rousselot, vestigio alguno en los escritos de los españoles, por donde se pueda suponer que se han inspirado en los alemanes.» Pero Rousselot, á mi ver, afirmó esto muy de ligera. Yo, á la verdad, no recuerdo haber hallado jamás citado al maestro Eckart, Hegel y Schelling, á la vez de aquella escuela, en ningún místico español; pero las doctrinas de Eckart debieron ser mediatamente conocidas, merced á Dionisio Cartujano, que las reproduce. Y en cuanto á los otros místicos alemanes, que son como discípulos de Eckart, y predecesores de Hegel, no sólo han sido leídos por nuestros místicos, sino citados á cada paso con extraordinarios elogios. El iluminado y extático P. Fr. Miguel de la Fuente da testimonio de lo dicho en sus *Tres vidas del hombre*. Suso, Tauler, Ruysbroeck, Harph y otros alemanes, vienen citados por él con frecuencia. Y en prueba de que confesaba el influjo de los alemanes, no ya sólo en él, sino en otros místicos españoles de más fama, diremos lo que pone al hablar de la suspensión del hombre íntimo: «Todo esto que hemos dicho, lo dijo altísimamente Rusbrochio, varón gravísimo y muy ilustrado de Dios, en un libro que intituló *De los grados del amor*.

buscó compañeros como el Apóstol de Oriente, y con sólo su palabra, sin ejércitos y sin favor y auxilios de soberanos, fundó el imperio más extraño del mundo, imperio que dura aún, y que á la muerte de su fundador se extendía ya por Alemania, Francia, Italia, España, Portugal, el Brasil y la India, contando más de cien casas ó colegios que amenazaban avasallar el resto de la tierra.

Pero así como éstas y otras grandezas españolas no se pueden atribuír á los Gobiernos, sino á la espontaneidad y al entusiasmo de toda la nación, así tampoco debemos, si hemos de ser imparciales, culpar sólo á los inquisidores feroces y

Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús, en su *Vida*, lo comentó divinamente.» El mismo iluminado y extático Fr. Miguel describe lo que es el centro del alma, con palabras tomadas de Ruysbroeck y de Suso: «Lo substancial del alma, dice, es la parte más excelente que hay en ella, la cual pende del mismo Dios: es inmóvil; más alta sin comparación que el cielo más supremo, más profunda que el abismo del mar, más ancha y más extendida que el mundo todo, porque la naturaleza espiritual excede incomparablemente á todo lo corpóreo; y esta esencia ó substancia del alma es el reino natural de Dios, término y fin de las operaciones del alma, y no hay criatura de las espirituales y celestiales que pueda llenar su capacidad, según es inmensa, sino sólo Dios, que es la esencia de su esencia y la vida de su vida.»

Con lo expuesto sobra para probar que se equivoca Rousselot al afirmar que no hay vestigio en nuestros místicos de que imitasen á los alemanes. Y con lo expuesto, y con mil citas más que pudiéramos hacer, se probaría que ni la Inquisición ni nadie era entonces en España tan asustadizo como ahora de que nos inficionasen los alemanes con su panteísmo ó panenteísmo.

El P. Fr. Miguel de la Fuente nació en 1573 y murió en 1625. Vivió y escribió, por lo tanto, en el siglo de oro de nuestra literatura.

á los reyes tiranos de la perversión y miseria en que caímos. ¿Qué tiranía había de ejercer el imbécil y débil Carlos II? Además, cuando vemos hoy la animación, bullicio y alegría de la calle de Alcalá en una tarde de toros, no se nos ocurre pensar que el Gobierno tiraniza al pueblo y le hace ir á los toros por fuerza. Pues con más gusto trabajaron los madrileños en levantar el tablado, animándose con devotas exhortaciones; con mejor voluntad acudieron la corte y 85 grandes de España, y con más deleite presenció todo el pueblo el auto de fe de 1680, en que fueron condenadas 120 personas, y de ellas 21 quemadas vivas.